

Descanse el corazon un solo instante,  
En verdaderas, santas convicciones,  
Y hasta tu hermoso trono de diamante,  
Inspirado alzaré mis oraciones.

Bajó las alas de la fé mi pecho,  
Latió dichoso cuando fué inocente,  
Respire como entónces, satisfecho,  
Amando al Hacedor Omnipotente.

No, mas dudar, Señor; si inmensa acaso  
No has de tornar mi inteligencia ahora,  
Deten su vuelo en un recinto escaso,  
No se alce á tus misterios voladora.

No tengo amor, porque en amor no creo;  
Mi vida se consume en el hastío:  
Quiero amarte con fé; es mi deseo,  
En tus prodigios hállela, Dios mío.

Febrero 1.º de 1860.—FÉLIX MARÍA ESCALANTE.

## LA PATRIA.

NUNCA puede el hombre vivir solo consigo mismo; hay una voz secreta que le aconseja amar, y su alma desea siempre emociones vehementes que lo pongan en relacion con otras almas. Esta necesidad de amar, que comienza á desarrollarse desde la infancia, vive siempre en el corazon, y anhelamos verla satisfecha, por mas que el mundo nos ofrezca tristes y dolorosos desengaños. Es el hombre tan débil, vale y puede tan poco, que parece que para tener alguna fuerza, para poder atender á su existencia y gustar de algunos placeres, necesita de los demas, y que por lo mismo jamas puede vivir aislado. No solo se anhela auxilio y amparo en las cosas materiales, sino que se suspira por emociones blandas y tiernas, se ansía gozar de la amistad, del amor, de la union sincera y dulce de los corazones. Amamos y queremos ser amados; y amamos siempre, aunque solo encontremos la mas

fría é indiferente ingratitud. El egoismo encuentra el mas espantoso castigo en el abandono y en el aislamiento de que se rodea.

La ley de amor impuesta por Dios al género humano, se cumple como todos los preceptos divinos. Los astros girarán en sus órbitas, los cuerpos buscarán el centro de la tierra, las olas del oceano ondularán en continuo vaiven, la luz se desprenderá del sol para inundar de vida el universo, la luna apacible y tranquila girará constante en torno de nuestro planeta, y el corazon humano buscará eternamente el sentimiento y el amor.

Estraño sería que en el portentoso conjunto de armonía que ofrece la creacion, solo la mas noble criatura estuviera destinada al aislamiento, miéntras que todo en la naturaleza es útil para algo y á su vez necesita de alguna otra cosa. Jamas cae del cielo ni una gota de lluvia sin un designio provechoso; jamas ocurre en el vasto teatro del universo una sola escena que pueda ser olvidada, que pueda pasar como indiferente ó estéril.

¿Y solo el hombre había de ser el eslabon desprendido de la cadena inmensa de los seres? No, porque su esencia es superior á cuanto ecsiste en la tierra, porque está dotado de una inteligencia capaz de comprender las mas grandes verdades, y de un corazon susceptible de las mas delicadas y esquisitas emociones. La inteligencia y el sentimiento: he aquí los dos medios poderosísimos para poner al hombre en comunicacion con la naturaleza toda. La facultad de percibir lo bello, lo hace comprender las obras de Dios, y lo eleva hasta él; y la necesidad de amar establece un vínculo entre to-

dos los seres capaces de pensar y de sentir, de sufrir y de gozar. Y ni el pensamiento ni el sentimiento pueden quedar ignorados; anhelamos con ardor que álguien nos comprenda, que goce con nosotros placeres, y que se compadezca de nuestros infortunios. La idea del aislamiento es enteramente contraria á la de la felicidad.

El niño, ántes de tener nociones de su propia ecsistencia, ama el calor del regazo maternal, ama el dulce licor que lo alimenta, ama el canto apacible que lo arrulla al dormir, y los lábios que se posan en su frente al despertar. . . . Y á medida que avanzamos en la senda de la vida, nuestro corazon, como rosa que ecshala sus perfumes, mana nuevos sentimientos, todos de amor; porque nos encantan los juegos de la infancia, nos recrean las campiñas y las flores, las estrellas y la luna; y amamos á la ave prisionera que entona melodiosos cantos, y á la mariposa que vuela entre las rosas, y al perro que salta y juega con nosotros. . . .

Quando un niño mira á otro niño, su pecho se estremece de placer, ambos se comunican sus ideas, sus ambiciones estrañas y fantásticas, y juegan y ríen, y se entristecen despues al separarse. Y desde niños nos complace que una mirada de interes se detenga sobre nuestra frente, que una mano se recree en tocar nuestras megillas ó en jugar con nuestra cabellera. . . .

Llega la juventud: la imaginacion arde como la llama del volcan, la mente vuela inquieta, el corazon palpita ansioso de gozar, la sangre hierve, y mil deseos brotan, nacen, crecen impetuosos, y se experimenta una viva necesidad de no permanecer estraño á cuanto nos rodea, de vivir con la vida de

los demas, de participar de ajenas emociones, y de dividir la ternura que llena el corazon, el fuego que abrasa la inteligencia. . . .

Y seguimos amando: la amistad, las mugeres, la compasion, la gloria, la poesía, todo tiene un irresistible encanto, aunque á veces la dicha que soñábamos se torna en martirio; pero por grandes que sean nuestros sufrimientos, nunca es tanta nuestra infelicidad, que nuestro corazon se vuelva incapaz de sentir, que se torne árido y estéril de emociones, de esperanzas, de deseos. . . .

Esa imperiosa necesidad de amar y de ser amado tiene la benéfica tendencia de establecer la sociedad, que siempre comienza por la familia, porque en los pueblos mas salvages el hombre no ha podido abandonar á la muger que le prodigaba caricias de fuego, y ambos han esperado ansiosos el nacimiento de sus hijos, y han amado á esos seres débiles que perecerían sin su amparo. El amor es el origen de la familia, y esta lo es de la sociedad, que no es mas que una gran familia de familias.

Desde que el hombre vive amando á la muger y á sus hijos, todo su afan es la seguridad y la felicidad de los que de él dependen. Se internará en espesos bosques en pos de caza ó apacentará rebaños y ganados, ó cultivará la tierra; pero de cualquier modo necesita asegurar el fruto de sus trabajos, y como esta necesidad no es solo suya, sino de todos los que viven y aman como él, mas ó ménos tácitamente queda establecida la sociedad, es decir, la union necesaria y provechosa de familias que unidas son fuertes y están seguras, y que solas no podrían existir.

Desde entónces nace esa comunidad de intereses, esa union de fuerzas y de inteligencias, tan fecunda en grandes resultados. Una fiera cae sobre las cabañas y todos la combaten, aún los que estaban fuera del peligro. Un hombre descubre que cualquier planta sirve para minorar las dolencias de las enfermedades, y no guarda avaro su descubrimiento, sino que lo esplica y lo enseña á todos los demas. Otro se siente entusiasmado al contemplar la naturaleza, al perderse en bosques sombríos, al oír la voz de las cascadas, al contemplar el fulgor de las estrellas, y los pensamientos que agitan su mente no quedan sepultados, ni perdidos en ella como simiente infecunda, sino que los espresa delante de la multitud que goza y participa de ellos. Una horda hambrienta y feroz amenaza con la guerra y con la destruccion á la tribu naciente, y no hay hombre que no se apreste al combate: los jóvenes respiran entusiasmo y ardimiento, los ancianos moderan este arroj y aconsejan la prudencia y la astucia, y las mugeres estimulan el valor de los soldados, que lucharán contentos, esperando una sonrisa de ellas despues de la victoria, ó una lágrima despues de la muerte!

Todas estas pocas familias que unió la necesidad y que viven juntas y tienen una misma suerte se aman, se ayudan, se defienden mutuamente, y este amor es ya el dulce sentimiento de la *patria*, sentimiento que se desarrolla despues prodigiosamente y que es el manantial inagotable de todo lo grande, de todo lo bello que puede producir el género humano.

La patria! Sentimiento tiernísimo y lleno de delicia, amor de fuego, que no es una idea vaga ó abstracta, sino una emocion constante que brota del corazon. La patria! Nombre

elocuente que hace estremecer el pecho, que halaga el oído, que conmueve nuestro ser, porque es el amor de la humanidad, el amor grande, desinteresado y sublime, en que no se buscan propias satisfacciones, sino en que se obedece la ley de Dios!

El sentimiento de la patria no es, pues, como algunos creen en nuestro siglo, una quimera pomposa y deslumbradora, una creacion vaga é indefinida, no: la patria es todo lo que amamos, porque la idea que despierta en nuestra mente trae consigo el amor de nuestra madre, sus caricias y sus cuidados; la delicia de la ternura varonil de nuestro padre, con sus consejos y con su prudencia; los juegos de nuestros hermanos, su inocencia y su candor. Porque la patria es el cielo que contemplamos desde niños, es la morada de nuestros juegos y de nuestra felicidad, es la admiracion que sentimos hácia la naturaleza, es el deleite que nos causó todo lo que pareció bello á nuestros ojos. Porque la patria es el recuerdo de todo lo que amamos, de nuestros amigos que con nosotros gozaron y con nosotros sufrieron; de la primera muger que inundó de ternura nuestro corazon, es el recuerdo de sus gracias, de sus juramentos, de su adhesion, de su pudor, de sus ojos brillantes de placer, de sus labios perfumados, de su aliento de fuego, de su seno que latía agitado, de su profusa cabellera que flotaba entre los céfiros, de su mano trémula que oprimía codiciosa nuestra mano, de su cintura gentil como el tallo del palmero, de su planta leve y aérea que nuestros ojos seguían con avidez, que nuestros labios hubieran querido besar. . . . Porque la patria, es la region en que nuestro corazon se abrió á la sensibilidad; porque en ella y solo en ella sentimos vi-

vas simpatías y afecciones profundas. Porque la patria es la religion de nuestros padres, es la lengua armoniosa de nuestros abuelos, porque es la virtud, la riqueza, el valor, el heroísmo, la felicidad y la esperanza. . . .

Todas estas emociones, todas estas memorias, todas las delicias que perdimos ó que esperamos, renacen al dulce sentimiento de la patria. La inocencia del niño, el ardor del joven, la intrepidez del hombre, la sabiduría del anciano, el amor de la muger, las tumbas de nuestros antepasados; hé aquí las ideas que se mezclan y se confunden para formar el sentimiento de la patria.

El amor á la patria hace ver á los otros hombres como á hermanos, promueve el bien general de la sociedad, corona de gloria á las naciones y tiende á lograr el adelanto y la civilizacion del pueblo. El amor á la patria estingue todos los odios y hace ver con compasion las faltas de los hombres.

La patria ha sido el númen sacrosanto que ha inspirado todos los hechos grandes y nobles. Los gefes de los hebreos tan insignes por su valor y por su sabiduría, no se desanimaban en sus difíciles empresas, porque amaban á la patria. Las bellas proezas de los tiempos heroicos, la patria es la que las producía. El valor, la ciencia, el arte, la poesía, la beneficencia, solo pueden nacer y germinar bajo la influencia de la patria. La historia del mundo está llena de los hechos bellísimos que se han realizado por ese noble y generoso sentimiento.

Cualquier hombre es pequeño considerado con respecto á la idea de la patria; pero cada uno desea que ella forme un timbre de noble orgullo; todos sufren, todos padecen, todos se

indignan cuando miran que la imbecilidad ó la infamia envilecen ó debilitan á la patria. Nada hay tan execrable como la tiranía y la opresion.

La mira del despotismo es amortiguar todos los sentimientos generosos, adormecer los deseos de gloria y convertir á los pueblos en manadas de entes tan pasivos, tan miserables, como los bueyes que en el campo tiran del arado.

¡Qué triste es contemplar que el amor á la patria es reputado aún como delito en el código bárbaro de las hienas que se levantan á oprimir á la humanidad! ¡Qué doloroso es contemplar que hay pueblos sin patria, que son los *parias* del universo!

El egoismo y el interés de nuestra época no han podido debilitar el sentimiento de la patria: él hace que el hombre desprecie la muerte en los combates, él hace irresistible la elocuencia del orador, él dirige la pluma del filósofo y del historiador, él arranca sentidas armonías de la lira del poeta, él guía las investigaciones profundas del sabio, él lleva á la muger á los campos de batalla á prodigar sus cuidados á los valientes que sucumben á las balas enemigas; él abre las puertas de los hospicios y de las escuelas en que se alivian las dolencias del pueblo, y en que se disipan las tinieblas de su inteligencia. El amor á la *patria* será lo único que pueda mejorar la situacion de las sociedades actuales, tanto mas, cuanto que hoy ese amor no envuelve como en otro tiempo la idea de odiar á los otros pueblos de la tierra, sino que por el contrario, en nuestra época los corazones generosos y los espíritus ilustrados, desean que se estingan de una vez las disensiones, y que las naciones vivan como hermanas.

No se ama á la patria por la belleza de su suelo, ni por la fragancia de sus flores, ni por la magnificencia de sus florestas. . . . El hombre ama siempre el pais en que nació, y su espíritu y su corazon lo embellecen, porque son hermosas las regiones en que pasó nuestra infancia, en que fuímos inocentes, y en que comenzamos á sentir impresiones deliciosas.

Las ideas de la gloria tienen gran parte en el sentimiento de la patria, se recuerdan con orgullo las tradiciones que refieren algun hecho de heroicidad, y la memoria de un valiente ó de un sabio, contribuye mucho á alimentar el patriotismo.

Lo mas triste, lo mas desgarrador para el alma, es vivir léjos de la patria. El destierro es la pena mas grande: fué inventado por los tiranos para castigar á la virtud. El desterrado es estraño á cuanto le rodea: en vano busca las fisonomías que ama, las armonías de la lengua de su niñez. . . . sufre y gime abandonado. . . . La muger léjos de la patria, languidece, se marchita, como la flor que es trasplantada á un árido arenal.

Ni la amistad, ni la gloria, ni la ambicion, ni nada es tan á propósito para inflamar el amor patrio, como la muger. Donde ella sepa inspirar un culto apasionado y constante, donde haga gozar placeres morales, donde sienta con vehemencia y con entusiasmo, allí el hombre deseará gloria, deseará fama, será generoso y amará á la patria de la muger que adora. ¡Quién que ama quiere llevar un sello de infamia, ni vivir esclavo? El amor es hermano de la libertad.

La influencia de las mugeres para producir hechos grandiosos y sublimes es incuestionable. Cuando las mugeres de

Esparta cerraban las puertas de sus casas á los soldados que huían del enemigo, ¿no hacian que los demas persistieran en la defensa de la patria?

¡Ojalá y las mexicanas se persuadieran de cuánto pueden en el corazon de sus hijos, de sus amantes y de sus esposos, y se consagraran á hacer revivir los sentimientos de amor á la patria! Entónces, gracias á la influencia poderosa de la hermosura, veríamos grandes acciones, y sería verdadero orgullo tener á México por patria.

1851.—FRANCISCO ZARCO.